



A esta tía no la conocí. Sólo contemplé sus retratos: en todos aparecía con vestidos blancos. Al igual que tía Cota era hermana de mi abuela. Siempre oí a mi abuelo, a mis tías maternas, a tía Cota, y a varias amistades de la casa, llamarla la víctima, la mujer ofendida.

“Y tía Angela, pobrecita con su pelo suelto, como una loca, asomándose por todos los balcones, ahí va de casa en casa (no se olvide que la residencia de mi bisabuelo casi comprendía una manzana y estaba formada por las diversas casas que ocupaban sus hijos), aunque fuera muy noche, pidiendo permiso para asomarse por las ventanas, puertas o balcones, y lamentándose el no poder ser hombre. O si no la veía en alguna cama llorando con gran desconsuelo, o si no en el patio rezando con gran devoción, como si temiera que el hecho que la atormentaba viniera a su mente, ¡nunca, jamás!”

Tío Alberto, tío Beto como solía nombrársele era un hombre apuesto, buen jinete, sin tener las piernas zambas, erguido como un pino, enjuto, de buena figura, cuidadoso en su vestir. Cuando lo conocí ya pasaba de los sesenta años: su cabeza totalmente cana, y al igual que ella sus trajes immaculados, sus pasos pausados, su voz reposada y erguido como un garrote. El fue el esposo de tía Angela y ella sufría por él.

Y todo empezó a los pocos meses de su primer embarazo. El ya no la abrazaba. Ella ocultó sus mareos, perfumó su larguísima cabellera, se puso sus mejores camiones. Fue lo mismo. El le mostraba desgano y como deferencia sólo la acariciaba ya muy de madrugada, cuando cantan los gallos y se espera la jornada diaria.

Un día llegó Ruperta, la criada de la casa de tío Beto, y le bisbiseó al oído a su patrona. Tía Angela se volvió loca. Toda la familia pensó que era un trastorno más del embarazo: “Algunas se trastornan, y de tan excitadas que están pierden al niño. Ojalá y Dios la ayude.” Ruperta, la única sabedora de la verdad se fue tras ella y le repitió una frase, que para los otros que la escuchaban no tenía ningún sentido. Así le decía: “Pero si eso fue antes, mucho antes...”

Al atardecer, y todos lo atribuyeron a una tisana, tía Angela se fue a descansar. Cerró puertas y ventanas y se tiró en la cama. En la casa grande su criada contó que sollozaba sin reposo. Esa noche tío Beto la encontró en su cama. Le extrañó la humedad de la almohada. Acercó el quinqué. La Angela de siempre. Y después ella lo besó, lo acarició, como si partiese él a un destino mortal, y luego, enfurecida, como una gata salvaje, como una bestia acorralada lo arañó y lo apostrofó con palabras y frases que él nunca hubiera imaginado que ella sabía. Y su furia tardó y parecía, que jamás terminaría, pero al clarear la mañana se quedó dormida.

Y desde ese entonces tía Angela ya no volvió a ser la misma: se le quemaba la leche de sus dulces para Alberto, olvidaba los platillos en las hornillas del bracero. Para matar su gran angustia,

ella paseaba por los arriates del jardín. Toda la familia pensaba que el embarazo era la causa de su intranquilidad.

En ese primer embarazo tía Angela se agravó aún más. Tío Beto, su “Alberto” como ella decía, anunció que se iba a tierra caliente. Quería que le arreglaran su ropa. Tía Angela misma se encargó de supervisar el planchado. Los pliegues de las guayaberas de tan rectos parecían vías de ferrocarril, los dobleces de los pantalones eran perfectos. Y ella contemplaba la ropa, y le venían unas ganas atroces de llorar. Tomaba una guayabera y la acercaba a su pecho, la abrazaba con fervor, y la arrugaba con sus lágrimas.

Para horror de toda la familia, tía Angela no guardó los diez días de cama después del parto. A los dos días ya estaba de pie; a los tres había subido un quicio. Las amigas de la familia auguraban: “Ya verá, ya verá...” A los ocho días tía Angela andaba por toda la casa, y grande fue el asombro cuando se acercó al grupo que se preparaba a partir a un día de campo. Vestía de blanco, con blusa de escarolas y una sombrilla llena de holanes.

Y tío Beto iba con sus cuñados a las peleas de gallos de los pueblos cercanos. En esas fechas recrudecía la actividad de tía Angela; cuando en su casa habían terminado sus quehaceres se acercaba solícita para ayudar a sus hermanas o cuñadas, a sugerir el ensayo de la receta de algún postre complicado, con setecientas yemas de huevo y ocho kilos de almendra. Y ahí estaba pelando las almendras o separando los huevos o meneando los cazos o preparando los almíbares. A pesar de sus esfuerzos no lograba disimular su angustia cuando caía el crepúsculo y Alberto todavía no había llegado. Se alejaba por breves momentos, quizás para verse en el espejo o comprobar la hora. Y después de que quedaba listo el dulce de complicadas decoraciones, las hermanas y cuñadas se iban a sus casas, y si la reunión se había efectuado en alguna casa ajena, tía Angela se alejaba a pasos lentos, y echaba a correr cuando las lágrimas se le escurrían incontinentes de sus ojos.

Y si tío Beto no volvía en toda la noche a la mañana siguiente era fácil advertir las ojeras azules de tía Angela, quien había velado la noche entera, y si la correría duraba dos o tres días, las ojeras y su inquietud eran más pronunciadas.

Por cierto que un día partió con tío Beto para tierra caliente. Vestía de blanco, con sombrero y sombrilla, y su satisfacción iba de acuerdo con el caballo rocillo que montaba, nervioso y relinchador. Regresó a los ocho días. Mostraba fatiga, su bien cuidado cutis se veía reseco y traía las manos más morenas por las prolongadas quemaduras del Sol.

Tío Beto se preparó para otro viaje a tierra caliente. Tía Angela no pudo acompañarlo: estaba embarazada de nuevo. Y enlutada de blanco lo vio alejarse en su brioso caballo, erguido, con su gran sombrero y una vara flexible en la mano. Fue entonces cuando pronunció aquella frase que pasó de boca en boca, y de una



generación a otra y a otra: "Quisiera ser hombre para poder acompañarlo y no abandonarlo nunca, jamás."

—Ya está de nuevo trastornada Angela: es su embarazo —dijo su madre, al verla pasear con tanto desasosiego por el jardín, sin cuidarse siquiera de no desgarrar sus hermosas faldas en los rosales. Y en esta ocasión con el paisaje preciso en su mente acompañó al esposo en su recorrido. El caballo de Alberto era más hermoso, el andar de la bestia alegre, sus caracoleos más rebuscados; la llanura más verde, los árboles más altos y gráciles, los cantos de los pájaros más dulces y tío Beto hecho uno con el corcel, con su pantalón muy ajustado, su guayabera reflejando el sol, su sombrero dando refugio a aquel rostro tan querido, y las mujeres, las hermosísimas jarochoas paradas bajo la sombra de los ciruelos ofreciendo el fruto de sus bocas, la abundancia de sus senos, la sedocidad de sus cabellos, y él, y él. . .

Y a medida que el embarazo maduraba crecía la agitación en tía Angela. Un gesto indiferente de su Alberto era la señal inequívoca de que una pasión por una mujer más joven, más guapa, más atractiva había hecho presa de él. La devoción de tía Angela por la Virgen, por las muchas Vírgenes era excesiva. Y cuando creía que sus ruegos eran pocos acudía ante los santos, ante los milagrosos: San Cristóbal para que se lo protegiera en el camino; a San Pafnuncio por si se le hubiera extraviado a él su corazón.

Pero si bien encomendaba a tío Beto, ella olvidaba sus alimentos, descuidaba a sus hijos. Para que Alberto no conociera la causa de sus aprensiones, cuando él dormía a pierna suelta en las noches se levantaba a revisar con cuidado sus prendas de vestir: un cabello a la luz débil de un candil parecía como si no fuese de Alberto o de ella, y con la zozobra más atormentadora veía cómo la luz del día se filtraba por las ranuras de las maderas.

Ella se decía que mostraría ante Alberto otro rostro, para que no viera en él el dolor y la fatiga, pero apenas se ponía Alberto su americana, o atusaba las puntas de los bigotes, a pesar de sus reiteradas decisiones, aparecía el dolor profundísimo, como si nadie, ni sus amigas más virtuosas, cuando ella no las viese, pudieran resistir una sola mirada de su Alberto.

En los breves intermedios entre embarazo y embarazo, como si fuese un rito, tía Angela acompañaba a Alberto a un solo viaje por tierra caliente. A pesar del calor, aun allá, prefería acompañarlo a las extensas jornadas en vez de quedarse en alguna casa, nada era tan doloroso, tan insoportablemente hiriente como la ausencia de Alberto.

Cierta vez él se cayó del caballo. No podía andar. Entonces los desvelos de tía Angela fueron prolongados: solícita en todo momento, cosa extraña, en su rostro no había la menor señal de fatiga. Sus cabellos más cuidados que nunca, el olor a azahares que dejaba a su paso era más penetrante, sus efusiones con sus hijos y

con los sobrinos y con las demás personas más conmovedoras. La invalidez de Alberto duró varios meses, pero poco a poco se fue restableciendo. Y un día, al que se consideró como el día nefasto, tía Angela despidió a una sirvienta, a la mentada Rita.

—Anoche la vimos, como una loca, como un fantasma por el asoleadero caminando de un lado para otro, y solamente puesto el camisón.

—¡Y el frío! ¡No tiene miedo de dejar a sus tres hijos!

—Yo no me atreví. Alberto la está matando. De ahora en adelante va a tener que buscar sirvientas ya muy grandes.

—¿Es cierto lo de Rita?

—La otra sirvienta se lo dijo a Cota, y ésta, ya la conoces, se lo dijo a Angela. La Rita se lo confesó todo a Angela, y esta pobre no ha hecho sino llorar, pero como no le gusta que la vean se encerró en su cuarto.

—Que Dios la ayude.

—Todo el día reza. Espera un milagro.

—Sí, que se muera Alberto, para morirle ella de pena después. . .

Tío Beto continuó con sus excursiones a la tierra caliente; a los torneos de cintas; a los jaripeos; a las carreras; a las peleas de gallos; a los bailes famosos. Y entretanto tía Angela se consumía de angustia. Sus alegrías ciertas eran acompañar a Alberto a tierra caliente, y aún allí sus sobresaltos y ardores no cesaban. En las noches en que se reunían en el rancho los vecinos para comentar la jornada, se formaban dos círculos: el de los hombres y el de las



mujeres. Entonces tía Angela temía que Alberto, sin decirle nada, se fuera a algún baile, o directamente al encuentro con una de aquellas atractivas costeñas, o con una mulata acanelada o con alguna mujer que saldría de la vereda más impensada. Y sus previsiones resultaban: una noche cuando buscó a Alberto éste no estaba.

—¿Y Alberto? —preguntó con zozobra.

—Lo vimos en el corredor.

Tía Angela desató sus cabellos, refrescó su cuerpo, y ya con el camisón puesto volvió a preguntar por su marido. Nadie sabía nada. Aguzó el oído en el corredorcito: gritos cacofónicos de pájaros, ruidos discordantes de animales, tal vez serpientes o insectos, y muy lejos los cascos de un caballo: imaginó a su Alberto galopando ebrio de olorosos aguardientes, rebozante de hombría, seguro de su poder sobre hombres y mujeres, ahito de su belleza varonil. Corría por la llanura: en sus brazos llevaba a una mujer. Tía Angela no le podía ver el rostro. Sintió un dolor profundísimo.

Al despertar Alberto estaba junto a ella, así como dos mujeres.

—¿Qué te pasó? —pregunto solícito su Alberto.

—¿Dónde te fuiste? —demandó ella.

—A charlar con unos amigos. ¿Pero dime qué te pasó? ¿Por qué te salió la sangre de la boca?

—¿Sangre?

—Te hemos limpiado sangre de la boca.

Las dos mujeres con sus cabezas asintieron.

Como todos en la familia suponían, tía Angela regresó embarazada de la tierra caliente. Sus ojeras se pronunciaron todavía más, sus ojos eran más brillantes: parecía arder. Pero nadie se ocupó de tía Angela, y Alberto no volvió a mencionar la sangre que había salido de su boca.

Nació el quinto hijo. Tía Angela hizo esfuerzos para levantarse, pero la venció la fatiga, aunque sus mejillas estaban sonrosadas y sus ojos llameaban.

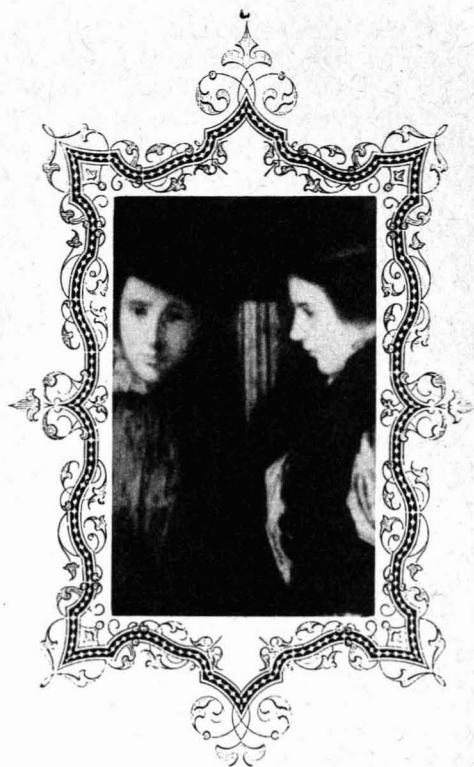
—Se ve que Angela no tiene hambre, se ve a leguas, pero eso sí ahí está la pobre comiendo, tomándose sus vasos de leche, ella quiere estar fuerte. Yo creo que piensa en irse a tierra caliente.

Tía Angela volvió a su vida normal, pero esto era un decir: en las tardes se acostaba, y en un día caluroso la vieron tiritar.

Por fin hizo su viaje a tierra caliente. Al regresar daba muestras de una gran fatiga, y a pesar de sus esfuerzos no podía ocultar una tosecilla.

Sin consultarla mi bisabuela llamó a un médico. El veredicto fue vago, como vaticinio de un oráculo. Pero el doctor se entrevistó con tío Beto.

Tío Beto a nadie dijo una sola palabra de la entrevista. Su modo de actuar cambió. Si anunciaba que llegaría a comer a la una, a esa hora en punto estaba entrando en alguno de sus



hermosos caballos. Y al llegar al umbral de su casa frente a una tía Angela siempre solícita, reprimía el gesto de atusarse los bigotes.

El embarazo continuó. Tía Angela se consumía, como si la luz de sus ojos fuera la causa. Hablaba poco. Abrazaba a sus hijos con infinita ternura. Y se paseaba sola en el jardín.

Los buenos propósitos de tío Beto duraron pocos meses, tres a lo sumo. Y volvió a desaparecer por días, sin dejar indicios de a donde andaba. Y tía Angela se consumió más.

Por fin tuvo su última hija, y ya no volvió a levantarse más, ya no tuvo fuerzas. Y la familia entera conmovida contempló los esfuerzos de ella por sobrevivir. Soportó los remedios más molestos: tomaba la dulce leche de burra sin el menor asco y comía sin ganas.

Cuentan que su agonía fue larga. No perdió jamás la lucidez. Y sus ojos nunca ocultaron su dolor cada vez que tío Beto se alejaba de la pieza. La noche que murió, tío Beto había salido de la casa. Los ojos de ella se quedaron fijos en la puerta esperando su llegada.

Tío Beto se fue a Veracruz. El siempre sostuvo que la causa fue la Revolución, pero en la familia me han asegurado que partió porque tía Angela se le aparecía en las noches.